

del Excmo. Sr. Presidente, y que no tenía opinión: interrogado entonces por S. E. para que no obstante la diese, dijo: que le era constante cuanto se había alegado, y que por lo mismo subscribía el voto de sus compañeros.

“El Sr. General Juvera dijo: Que los cuerpos de caballería no tenían grano para la caballada, y que esta era una razón más de las alegadas por sus compañeros, por lo que subscribía sus opiniones. El Sr. Coronel de Artillería D. Antonio Corona, manifestó: Que la mulada del tren hacía cuatro días que no tomaba maíz, ni había para darle: que ya no estaba en estado de continuar marchando, como lo había hecho hasta ahora: que en las batallas de los días 22 y 23, se había consumido la mitad del parque, y que a pesar de los esfuerzos del Excmo. Sr. General en Jefe, del Excmo. Sr. Gobernador de San Luis Potosí y los suyos, por la falta de bagajes, no había venido el parque de reserva, y que por estas causas se adhería a las opiniones de los señores que le habían precedido en la palabra. El Sr. General D. Francisco Pérez dijo: Que él aseguraba que el espíritu de la tropa era el mejor para batir a un enemigo que acababa de derrotar: que él se comprometía a conducirla al combate; pero que no habiendo con qué mantenerla, opinaba por que se cambiase de posición, manifestándose al gobierno lo indigno que era que no se le diesen recursos al ejército para subsistir, los que conseguidos que fuesen, debíamos volver a medir nuestras armas. En seguida cada uno de los señores presentes tomó la palabra, expresando la misma opinión, que reproducirían por escrito, y el Excmo. Señor Presidente dijo: que no había querido hacer la menor indicación, para escuchar las verdaderas opiniones de todos: que la suya era de conformidad con la de todos los señores que habían hablado: que víctimas más de una vez de la envidia y la maledicencia, antes de dar un paso que sirviese de nuevos pretextos a las más groseras calumnias, había pensado hacer una marcha de flanco para ir a Saltillo; pero que según los informes contestes de los prácticos, se debían caminar cinco

días, y que no había ni maíz, ni arroz para mantener la tropa: que por lo mismo, pedía a los señores presentes le diesen sus votos por escrito para resolver, quedando nombrado el Sr. General D. José L. Uruga como secretario, cuyo señor extenderá una acta de lo ocurrido, para la debida constancia, y a cuyo acto concurren los señores generales Mora, Ampudia, Juvera, Pacheco, Terrés, Guzmán (D. Angel), Torrejano, Ortega, Portilla, Guzmán (D. Luis), Mejía, Jáuregui Pérez y Uruga y los señores Coroneles Corona, como Comandante general de Artillería; Blanco (D. Santiago), como Coronel de Zapadores; Baneneli y Carrasco, como jefes de la Brigada Ligera de infantería, y Gütian, Andrade, Azpeitia y Carcoba, como jefes interinos de brigada...¹

Balbontín, no obstante, cree que acaso "otras razones más poderosas, pesarian en el ánimo del General Santa-Anna. Tal vez, dice, alarmado con las grandes pérdidas que el ejército había sufrido el día 23, y principalmente con la dispersión que tuvieron algunos cuerpos, dudó del resultado que pudiera tener una nueva batalla. Y tomando en consideración que la República no tenía otro ejército que oponer al invasor, que ya amagaba por el Oriente, temió que si en un nuevo combate era derrotado, el enemigo penetraría sin encontrar resistencia, hasta el corazón del país. Sin duda que para el hombre que lleva sobre sí tan grande responsabilidad, las razones expuestas debían ser de mucho peso, y, creo que la historia deberá tomarlas en cuenta, al juzgar en este caso al General Santa-Anna."

Sin embargo, añade:

"Pero pensando que los grandes esfuerzos y sacrificios que la Nación y el ejército habían hecho, quedarían sin fruto alguno, si no se completaba la derrota del General Taylor: Que

¹ Castillo Negrete, Op. cit. Tom. XXV. Pág. 89.

era oportuno y conveniente aprovechar las ventajas adquiridas, y la buena moral de las tropas: Que, una retirada a través del desierto, costaría tal vez más que una batalla perdida: Que, en el caso de ser derrotado, el enemigo quedaría impotente para perseguirnos: Que, aunque quedase en aptitud de poderlo hacer, le sería imposible perseguirnos en el desierto, si inutilizábamos las únicas tomas de agua que allí existen, al dejarlas a retaguardia. Y en fin; que suponiendo perdida la propuesta batalla, no causaría otros males que aumentar algo las calamidades que se desataron sobre el ejército en su retirada, soy de sentir que se debiera haber arriesgado una batalla el día 24. Si se hubiera ganado, nada habría detenido la marcha del ejército victorioso, hasta las orillas del río Bravo. El armamento y los almacenes quitados al enemigo, hubieran provisto a la nación para la continuación de la guerra...¹

Cualquiera que haya sido el verdadero motivo que se tuvo en cuenta, la orden de retirada subsistió y nuestras tropas llenas de desaliento abandonaron las alturas que con grandes esfuerzos habían logrado conquistar durante la batalla.

Una vez más, nuestro Ejército habría podido vencer a sus enemigos con sólo un poco de mayor decisión de parte de los jefes, con un poco de mayor energía de parte de Santa-Anna, porque a la verdad, resultaba bien triste que cada vez que el Ejército mexicano llegaba hasta las puertas de la victoria, se retirara derrotado.

Una vez más el triunfo habíase escapado de las manos de nuestros defensores, pero no por cierto a causa de una traición de Santa-Anna como sostienen algunos historiadores, ya que hemos visto que por hallarse en su puesto, estuvo a punto de perecer. Los redactores de los Apuntes para la Historia de la Guerra, reconocidos opositores de Santa-Anna, al hablar del valor desplegado por las tropas mexicanas, dicen: "Se vió a

¹ Balbontín, pág. 100.

varios gefes de cuerpo tomar en la mano la bandera del suyo, y conducir a los soldados al combate, ocupando el puesto de mayor peligro. La oficialidad se condujo con dignidad y decencia. El valor de las tropas ha logrado las alabanzas aun de los mismos enemigos, que sólo han hablado mal de algunos generales, asegurando que si todos hubieran imitado el ejemplo de sus subordinados, habrían decidido en favor nuestro el éxito de la batalla;" y refiriéndose a Santa-Anna, agregan: "El General Santa-Anna *no ha participado de esta inculpación. Amigos y enemigos han reconocido el valor con que constante mente arrojó el fuego.* ¡Lástima es que sus combinaciones no correspondieran a su denuedo; que sus faltas ofuscaran el esplendor de sus méritos; que sea preciso censurar su conducta como general, al mismo tiempo que alabamos su arrojo de soldado!"¹ Quien así exponía la vida, no podía ser traidor; para ser traidor, necesitaba haberse vendido, haber logrado algún beneficio de su traición; y en tal caso se hubiera guardado bien para poder más tarde gozar de aquel beneficio.

Santa-Anna, como antes Arista y Ampudia, había carecido de las dotes necesarias para ser un general capaz de llevar a sus tropas al triunfo; pero no había sido un traidor.

Mas la verdadera derrota apenas principiaba; la retirada iba a constituirla. El Ejército no había logrado recoger a todos los heridos, que llegaban a setecientos según algunos, a ochocientos según otros y muchos iban a ser entregados a su propia suerte, como lo fueron en efecto, sin tener elementos que aliviaran su desesperada situación; el resto de las fuerzas había perdido todo aspecto de un ejército en marcha, y no era sino un puñado de hombres rendidos a la fatiga y a la desesperación. Para aumentar todavía aquel cuadro desgarrador, los que se iban, abandonando a los que no podían llevar consigo, deben haber sentido aún más que la conmisericordia que inspiraban los abandonados, el horror de pensar que

¹ Apuntes, p. 104.

entre el campo de que se alejaban lentamente (saltando sobre los muertos, atropellando a algunos que en el dintel de la muerte todavía lanzaban quejidos lastimeros), y San Luis hasta donde habrían de llegar quién sabía quienes, y quién sabía cuándo, les aguardaban nuevos padecimientos, quizás el hambre, quizás una muerte más terrible que la que ocasionaban las balas que arrebatan la vida del soldado a veces sin que tenga tiempo bastante sino para lanzar un grito patriótico.

Y sin embargo, antes de que comenzara aquella retirada tan terriblemente ruda para nuestros soldados, que entre la Angostura y San Luis el Ejército perdió alrededor de 10,500 de éstos, (inclusive numerosos desertores), al decir de algunos historiadores,¹ aquellos valientes tuvieron todavía una nueva oportunidad de ser admirados por sus vencedores.

Cuando ya la retirada se iniciaba, Taylor envió a Santa-Anna tres parlamentarios, que tras de hacer en nombre del General en Jefe americano el elogio de nuestros soldados, anunciaron a Santa-Anna que aquél había ordenado que los heridos fueran recogidos y enviados al Saltillo y que estaba dispuesto no sólo a proporcionarles provisiones, sino a entablar una suspensión de hostilidades para buscar los medios de llegar a un arreglo definitivo entre los dos países.

Santa-Anna en esta vez no siguió la reprochable conducta que antes había tenido en San Jacinto, y no sólo rehusó cortesmente los ofrecimientos de Taylor; sino que manifestó que él no podía entrar en convenio alguno para el cual no tenía autorización ni debía hacerse "mientras no quedara libre el terreno que ocupaban las fuerzas americanas." Hizo más Santa-Anna: determinó que los parlamentarios volvieran a su campo con los ojos descubiertos a fin de que pudieran convencerse de que si era necesario reanudar la pelea, todavía aquellos valientes se encontraban dispuestos para la lucha.

¹ Apuntes, p. 115. Balbontín sólo da algo más de 3,000 hombres.

Más no era sólo Santa-Anna quien había de sufrir reveses durante la campaña; hemos visto ya que los habían sufrido también Arista y Ampudia y otros jefes bien pronto habrían de ser tan infortunados como aquellos.

Al invadir las fuerzas americanas el Estado de Chihuahua encabezadas por el Coronel Doniphan, el General Trías, a la sazón Gobernador del Estado, resolvió hacer frente a los invasores y de acuerdo con el General Heredia ambos prepararon algunas fortificaciones en el lugar llamado "Sacramento."

Tomó el mando de la división formada al efecto, el General Heredia; quedó como segundo en jefe el Gobernador Trías y al General D. Pedro García Conde, que ofreció sus servicios, se le designó como Comandante de la caballería, quedando como mayor general de la división el Coronel Justiniani; y debo hacer constar que de aquella división formaba parte lo más florido de la juventud chihuahuense; que las tropas a su vez tenían gran entusiasmo y que todo hacía presagiar que la victoria que tan esquiva se nos había mostrado, al fin sería más favorable para nosotros.

El día 28 de febrero se presentó el enemigo y la batalla se inició cuando las fuerzas del Coronel Doniphan, que pasaban de 1,300 hombres avanzaron resueltas a atacar las posiciones mexicanas, dirigiéndose hacia la derecha de la hacienda de Torreón. La caballería chihuahuense adelantóse a detener aquel movimiento; pero al romper el fuego sobre nuestras fuerzas los americanos introdujeron con sus baterías el desorden entre los defensores. La artillería mexicana, a su vez disparó sobre el enemigo pero la dispersión de la caballería sólo sirvió para producir la confusión entre la infantería, y el General Heredia que había salido de sus posiciones para ir a establecer su línea de batalla sobre la derecha de la caballería, se vió obligado a replegarse a sus atrincheramientos.

Cuando los jefes trataron a toda costa de contener a los dispersos ya era difícil pensar en el éxito; sin embargo, todavía hubo un puñado de valientes que resistieron con todo valor al enemigo, y hubo un momento en que al atacar un reducto que defendían bravamente D. Pedro Horcasitas, oficial de guardia nacional y los oficiales permanentes Rosales y Quintana con algunos soldados del escuadrón de Durango y otros dispersos, hallóse en la necesidad de retroceder en desorden tal que dejó abandonadas dos piezas de artillería; los mexicanos trataron entonces a toda costa de apoderarse de ellas, pero un nuevo desengaño les aguardaba todavía, porque algunos artilleros americanos lograron adueñarse de uno de los cañones y disparando metrallas sobre nuestra caballería, a muy corta distancia, volvieron a introducir la confusión y el desorden y permitieron entretanto a sus compañeros el rehacerse y atacar con todo denuedo hasta apoderarse del reducto.

La batalla se había perdido, y los defensores que habían podido sobrevivir y escapar al desastre, se alejaron aquella tarde dejando en poder de sus vencedores a aquellos que habían sido prisioneros.

El gobierno americano había resuelto entretanto modificar sus planes de campaña y atacarnos también por Veracruz, lo que le permitía acercarse mucho más a la capital de la República.

Cuando las cosas se encontraban en estas condiciones, era Comandante de aquel puerto, el General D. José Juan de Landero y por indicaciones hechas al Vicepresidente en ejercicio, D. Valentín Gómez Farías, fué nombrado Comandante General D. Juan Morales, quedando como segundo suyo el General Landero.

Los veracruzanos expresaron el deseo de que el gobierno del centro enviara los refuerzos que se estimaban necesarios para la defensa del primero de nuestros puertos y su disgusto comenzó a sentirse cuando lejos de enviar elementos, principió por retirar los que aún quedaban y que podían ser de valor,

como aconteció al ordenar la movilización de los jefes de artillería D. Mariano Aguado y D. Juan Zamora, que eran los solos militares científicos que había en Ulúa y que habían preparado las fortificaciones necesarias; y fué indispensable que se hicieran urgentes gestiones para evitar estos cambios.

Las fuerzas que en total defendían a Veracruz y a Ulúa eran 4,390 hombres, de los cuales 1,030 se hallaban en el fuerte y 3,360, en Veracruz. La ciudad quedó dividida en tres líneas exteriores de defensa y los elementos con que se contaba para tal defensa eran algunos cañones de 24 montados en cureñas de a 18 y algunos de a 18 montados en cureñas de a 12, pero como si no fuera bastante esta irregularidad, algunos de esos cañones estaban inútiles por falta de herrajes y por el abandono en que habían estado. "Los artilleros eran insuficientes para todas las piezas; y baluartes había en que sólo se hallaba la dotación correspondiente para servir dos: la dotación de cañones para cada baluarte no estaba completa, y (en) algunos de éstos de la línea de tierra, fueron cubiertas con saquillos sus troneras por falta de artillería: los guarda-fosos eran de calibres cortos y mezclados en los baluartes diferentes calibres: sabida es la confusión y desgracias que (esto) produce a la hora del combate: La infantería apenas alcanzaba a cubrir una no, y otra sí, las aspilleras de la muralla, y en fin, para cada pieza sólo se contaba con treinta o pocos más cartuchos, porque no había ni lienzo para hacerlos ni dinero para comprarlos. Al Exmo. Ayuntamiento, a varios particulares y a muchas señoras de la población se debió después la corrección de esta falta, y que nuestros fuegos cuando llegó el momento del ataque correspondieran como debían a los del enemigo."¹

No debemos olvidar que más o menos estas eran las condiciones en que la defensa iba a hacerse cuando Francia atacó el puerto y ya conocemos el funesto resultado a que se llegó.²

¹ Tributo a la verdad p. 21.

² Esto me hace pensar que tal vez son justificadas las razones expuestas por Santa-

El General Morales con toda actividad y auxiliado por las autoridades y por los particulares procuró poner las fortificaciones en la mejor condición posible, tomando en cuenta las penurias del Gobierno.

Justo es decir que en aquella ocasión el Ayuntamiento de la ciudad se mostró a la altura de las circunstancias y no perdonó esfuerzo para facilitar su ayuda a los defensores; y así vemos que desde el día 9 de marzo hasta el día 28 del citado mes, se constituyó en sesión permanente, "a fin de atender a todos los casos que pudieran ocurrir en el conflicto a que se veía reducida la población."¹

¿Cuál era entretanto la situación en México? Una nueva lucha provocada por el Gobierno de D. Valentín Gómez Farías, ensangrentaba las calles de la Capital y consumía los elementos y los recursos que deberían haberse puesto al servicio de la Patria para contener al poderoso enemigo que la atacaba.

¿Qué había sucedido? A fin de que nadie pueda dudar de la imparcialidad con que yo procuro siempre sellar mis escritos voy a presentar los juicios de aquellos que fueron testigos del nuevo drama, y que no pueden ser en manera alguna sospechosos a los admiradores de Gómez Farías. "Ya hemos dicho, escriben los autores de los Apuntes para la Historia de la Guerra, que desde que el Congreso nombró Presidente de la República al General Santa-Anna y Vicepresidente a Don Valentín Gómez Farías, el disgusto fué casi universal, exceptuando, como es fácil concebir a los partidarios de ambos personajes. El clero estaba lleno de terror por las medidas que la administración podría dictar con respecto a sus riquezas, y el partido moderado hacía la oposición, favoreciendo, como sucede en casos semejantes, las aspiraciones de los descontentos,

Anna para ordenar la desocupación de Tampico. Siempre, sin embargo, será sensible que se hubieran perdido algunos materiales de guerra, a causa de la forma precipitada en que se hizo el abandono del puerto.

¹ Acta de la Sesión permanente del Exmo. Ayuntamiento de Veracruz, desde el día 9 hasta el 28 de Marzo de 1847. Tributo a la verdad, p. 89.

aun cuando no fuesen absolutamente conformes con sus ideas. En obsequio de la verdad debemos decir que el nombramiento del General Santa-Anna no fué tan mal recibido; y como por otra parte, estaba en San Luis enteramente preocupado con la reorganización del Ejército, la oposición dirigía sus tiros más inmediatamente contra la administración del Vicepresidente,¹ de quien, dicen aquellos historiadores que se había puesto en manos de las chusmas para gobernar, ya que la tropa de que se había rodeado "ni era la tropa de línea sistemada conforme a la rigurosa Ordenanza española, ni era la guardia nacional compuesta de ciudadanos inteligentes, laboriosos y honrados."²

Instalado en el poder Gómez Farías, comenzó a agitar en el Congreso la cuestión de bienes de manos muertas y sus partidarios comenzaron a hacer todo esfuerzo para aniquilar el poder del clero, apoderándose de sus riquezas; entonces el partido moderado asumió la defensa del mismo clero, obteniendo que la ley expedida por el Congreso no aboliera los fueros, ni declarara los bienes de manos muertas propiedad de la República, o lo que es lo mismo, fué una ley que dejó descontentos a los miembros del clero y no dejó satisfechos a quienes habían tenido el propósito de expedirla.

La iglesia, por su parte, terció en la contienda con las armas de que podía disponer: excomuniones, escritos conminatorios, etc.; pero a su vez "los Puros," denominación asumida por los partidarios de Gómez Farías, preocupados quizá con el cariz que tomaban los sucesos, no se atrevían siquiera a firmar la nueva ley de manos muertas, hasta que tras de haber rehusado el cargo de Ministro de Hacienda varias personas a quienes se les ofreció, se resolvió a firmar aquella ley el Lic. D. Antonio Orta, en calidad de Oficial Mayor, encargado del Despacho.

Pero si esta cuestión había hecho que se encendieran las pasiones en la capital, hubo algo que precipitó la rebelión ar-

¹ Apuntes para la Historia de la Guerra, p. 124.

² Loc. cit.

mada. Gómez Farías que vió como un peligro para su administración el que los cuerpos de guardia nacional estuvieran armados, ya que como hemos dicho estos cuerpos estaban formados por gente acomodada y por artesanos y hombres de trabajo, que no aprobaban su política, pretendió desarmarlos; ellos, como era de esperar, se opusieron a tal determinación, y entonces, no como una medida de patriotismo, sino como recurso político para asegurarse en el puesto, dictó las disposiciones necesarias para que aquella guardia nacional fuera a reforzar a los defensores de Veracruz.

"La conmoción, dicen los redactores de los Apuntes para la Historia de la Guerra,¹ fué grande con esta orden y todos no veían en esta medida más que la venganza del partido dominante: todos también esperaban ver de un momento a otro abortar la revolución que en secreto había tenido ya algunas combinaciones, y estaba designado el individuo que debía ponerse a la cabeza.

"El regimiento de Independencia, que constaba de más de mil plazas estaba situado en la Universidad. Era el Coronel de este cuerpo D. Pedro María Anaya; Teniente Coronel, Don Vicente García Torres, y Capitanes, entre otros, el Lic. Castañeda y Nájera, Lafragua, D. Mariano Otero, D. Joaquín Navarro y D. José María Revilla y Pedreguera.

"La tarde del día 22 de febrero de 1847, se comenzó a reunir el cuerpo, y encontraron sus individuos que el cuartel estaba ocupado por una fuerza de la Guardia Nacional que pertenecía a los puros, y que impedía que salieran los que una vez habían entrado, despojándolos de sus armas. Pronto se difundió la noticia de este suceso en la ciudad. Los soldados de Independencia comenzaron a reunirse en el antiguo Coliseo, los nacionales de otros cuerpos acudieron a sus cuarteles, y la ciudad se puso en movimiento. D. Pedro María Anaya tuvo una explicación en estos momentos con D. Valentín Gómez Farías,

¹ Apuntes, p. 128.

y resultó de esto, que todo el regimiento se trasladara de la Universidad hasta el Hospital de Terceros, donde debería permanecer acuartelado hasta su salida de la capital. Esta traslación fué un verdadero pronunciamiento. Desde su salida de la Universidad hasta su llegada al Hospital de Terceros, fué el regimiento acompañado de una multitud de gentes, y todos gritando: "Mueran los puros; muera D. Valentín Gómez Farías." La hora final del gobierno había sonado.

"Cosa de las nueve de la noche la fermentación que había en el cuartel de Independencia era extraordinaria. García Torres con un jorongo y un par de pistolas en el cinto, excitaba a los soldados para que de una vez se verificara el pronunciamiento. D. Joaquín Navarro disputaba y proclamaba que era una infamia ejecutar tal cosa. En fin, era una confusión, un vocerío y un desorden difícil de describir. Lo más original es, que este cuerpo, se puede decir ya sublevado, no contaba ni con una exacta combinación con los otros, ni tenía ningún parque. Si esa noche el gobierno hubiese obrado con energía y actividad, habrían bastado quinientos hombres y un par de piezas de artillería para sofocar la revolución; pero D. Valentín, o demasiado confiado en su popularidad, que él juzgó inmensa, o aturdido con la complicación de tantos sucesos, no dió ningún paso activo, y se limitó a tomar algunas precauciones en el Palacio. Igual cosa puede decirse de los descontentos. Si ellos hubieran meditado y combinado su plan, y procurado asegurarse del Palacio, el triunfo habría sido pronto y seguro.

"Durante el discurso de la noche se reunieron algunos nacionales en los cuarteles de Victoria, Mina, Bravos e Hidalgo; apareció D. Matías Peña en una casa del rumbo de San Hipólito, D. Lucas Balderas, en su cuartel de San Diego; D. Manuel Payno, mayor del batallón de Bravos, en el punto de San Fernando; los mayordomos de los conventos, que eran oficiales del batallón de Zapadores, en el de San Hipólito. Se tomaron algunas alturas, se sorprendió a la guardia de la Acor-



Tomás J. Herrera

CAPILLA ALFONZINA
UNIVERSIDAD
A. N. D.

dada; y al toque de diana, el repique a vuelo de las campanas de las iglesias de los rumbos indicados, anuncia que una parte de la Guardia Nacional había, por fin, inconsiderada e inmaduramente saltado la barrera que prescribía la prudencia y los sagrados deberes que exigía la patria, inundada casi por todas partes de enemigos extranjeros. Sea como fuere, el movimiento tuvo la aceptación general en México, porque el gobierno de Farías era ya para muchas personas de todo punto intolerable. . . .”¹

La lucha continuó por varios días, teniendo el mando de las tropas del Gobierno el General D. Valentín Canalizo, y el General D. José Lino Alcorta se ocupó en formar los planes que pudieran ayudar a vencer a los rebeldes.

El tiempo transcurría en medio de esta tremenda agitación, las fuerzas contendientes se hacían fuego desde las torres de los templos y entretanto que ni el Gobierno vencía, ni vencían quienes contra él se habían rebelado, las fuerzas norteamericanas, cuyo mando había tomado el General Winfield Scott, habían llegado resueltamente a Veracruz. El día 22 de marzo, a las dos de la tarde, presentóse en la plaza un oficial con una nota del General Scott intimando la rendición en el término de dos horas, so pena de romper el fuego sobre la plaza, y como la respuesta fué negativa, a las cuatro de la tarde comenzó la lucha armada. Veamos cómo describe los acontecimientos un testigo presencial:

“El enemigo dirigía sus bombas con acierto e inteligencia, y constantemente una era destinada al convento de San Agustín, que era el depósito de la pólvora, el que además de la fortaleza de sus muros y bóvedas, se había abrandado en el lugar que ocupaba el parque. La Plaza contestó a los fuegos del enemigo desde los baluartes Santiago, San José, San Fernando y Santa Bárbara, que eran los que miraban a sus ba-

¹ Apuntes p. 129.

terías, particularmente el último que tenía a su frente la que el enemigo eligió para abrir la brecha: Ulúa no descansaba tampoco, su vigilancia será siempre honrosa a sus defensores, y nos admiraba: a cualquiera hora de la noche dirigía sus fuegos donde quiera que advertía el más pequeño movimiento; la que tenía la Plaza era lo mismo, la tropa que de día trabajaba en las fortificaciones, descansaba con el fusil al lado, y en la menor alarma que causaban algunos que se aproximaban y observaban los centinelas, todos se hallaban listos al instante.

“El fuego continuaba el 23, remolcados unos buques hasta frente a los Hornos por el Vapor Mississippi, aquellos y éste rompieron sobre la ciudad el fuego con sus cañones bomberos; Ulúa y el baluarte de Santiago les contestaron con los suyos y los desalojaron precisándolos a retirarse, por el acierto con que se les correspondieron: algunas casas de la ciudad habían sido ya incendiadas por las bombas, a pesar del infatigable trabajo del Comandante de Ingenieros D. Manuel Robles, los oficiales de su cuerpo, los regidores y el presidio, que se dedicaban a sofocarlos en cuanto aparecía alguno, lo que generalmente se conseguía cuando acaecían en casas habitadas, porque se veía al momento; pero no en las que se hallaban solas, que manifestaban el fuego cuando toda la casa era pasto de las llamas. Todo el día mantuvo el enemigo de cuatro a seis bombas en el aire, dirigiendo siempre una a San Agustín: en la noche cayeron varias en Sto. Domingo, cuya iglesia era hospital de sangre: varios heridos fueron de nuevo lastimados y otros murieron con los cascos de bombas, corriendo grande peligro los cirujanos y asistentes. En la mañana se había incendiado parte del convento, y algunos útiles del hospital, por lo que se trasladó al de San Francisco; pero sea casualidad, o que había alguna combinación telegráfica con el enemigo desde la plaza, al momento las bombas eran dirigidas a San Francisco, donde antes no había caído ninguna. La propia observación se hacía respecto a la residencia del Comandante general: si se hallaba en el cuartel, allí venían las bombas, y lo seguían si

se trasladaba al palacio u otro punto. Nada extraño sería que los agentes del gobierno americano tuviesen su combinación para dar avisos; porque había sospechas que algunos vecinos neutrales no lo eran mucho, y los hemos visto después íntimamente ligados, con nuestros enemigos.

“El 24 siguió el fuego: hacia las diez de la mañana se observó movimiento del enemigo que hizo bajar tropas de los médanos en tres trozos, por lo cual hubo alarma en la plaza donde se creyó que venían a dar el asalto. El placer era grande en los defensores, porque el enemigo escogía el día para esta operación con preferencia a la noche, y cada cual en su puesto se proponía llenar su deber: nada hubo, y el fuego siguió sin interrupción, apurándole más sobre el baluarte de Santa Bárbara por donde ya estaba la brecha casi practicable, y se cubrió esa noche con saquillos a tierra. El joven Don Sebastián Holzinger, teniente de la armada nacional, llenaba sus deberes en este baluarte de una manera heroica; jamás cesaba de hacer fuego sino cuando carecía de municiones, que él mismo iba a buscar a los demás baluartes menos atacados, porque ya comenzaba a sentirse la falta de parque. Una bala rompió la drisa de la bandera, y ésta vino al suelo; el mismo Holzinger subió sobre el merlón para atarla de nuevo, cuando vino otra bala y dando en el merlón lo arrancó rodando con Holzinger adentro del baluarte, y apenas pasado del aturdimiento del golpe, este valiente oficial clavó la bandera en el asta, manteniéndosela un niño de diez y seis años, subteniente de la guardia nacional de Orizaba,¹ en medio de una multitud de balas que le dirigían. Varias veces tuvo Holzinger la satisfacción de apagar los fuegos de la batería enemiga desmontándole algunas piezas, y concluidos los tratados, el Comandante de aquella batería manifestó que había recibido mucho daño en gente y cañones, del baluarte de Santa Bárbara; elo-

¹ Ese niño es el Gral. de División D. Francisco A. Vélez, uno de los últimos supervivientes, o quizá el último, de quienes tomaron parte en la lucha contra el invasor.